

popular o en blancos reminiscentes del Egeo y Andalucía. Casa cuyo lujo es el espacio organizado con gran simplicidad pero trabado siempre con jardines volcánicos y con el espejo silente del agua. Barragán es un arquitecto acuático y jardinero, y diría también, monacal. El lujo de sus espacios es la luz, es el peso de muros, muebles y puertas. Es como si volviéramos a la arquitectura militar del siglo XVI pero con un nuevo hedonismo internacional. Barragán resucita el espíritu aristocrático de los conquistadores, de los señores de la Nueva España, pero unos señores más aficionados a Mondrian o a Rufino Tamayo que a los cristos de marfil chino.

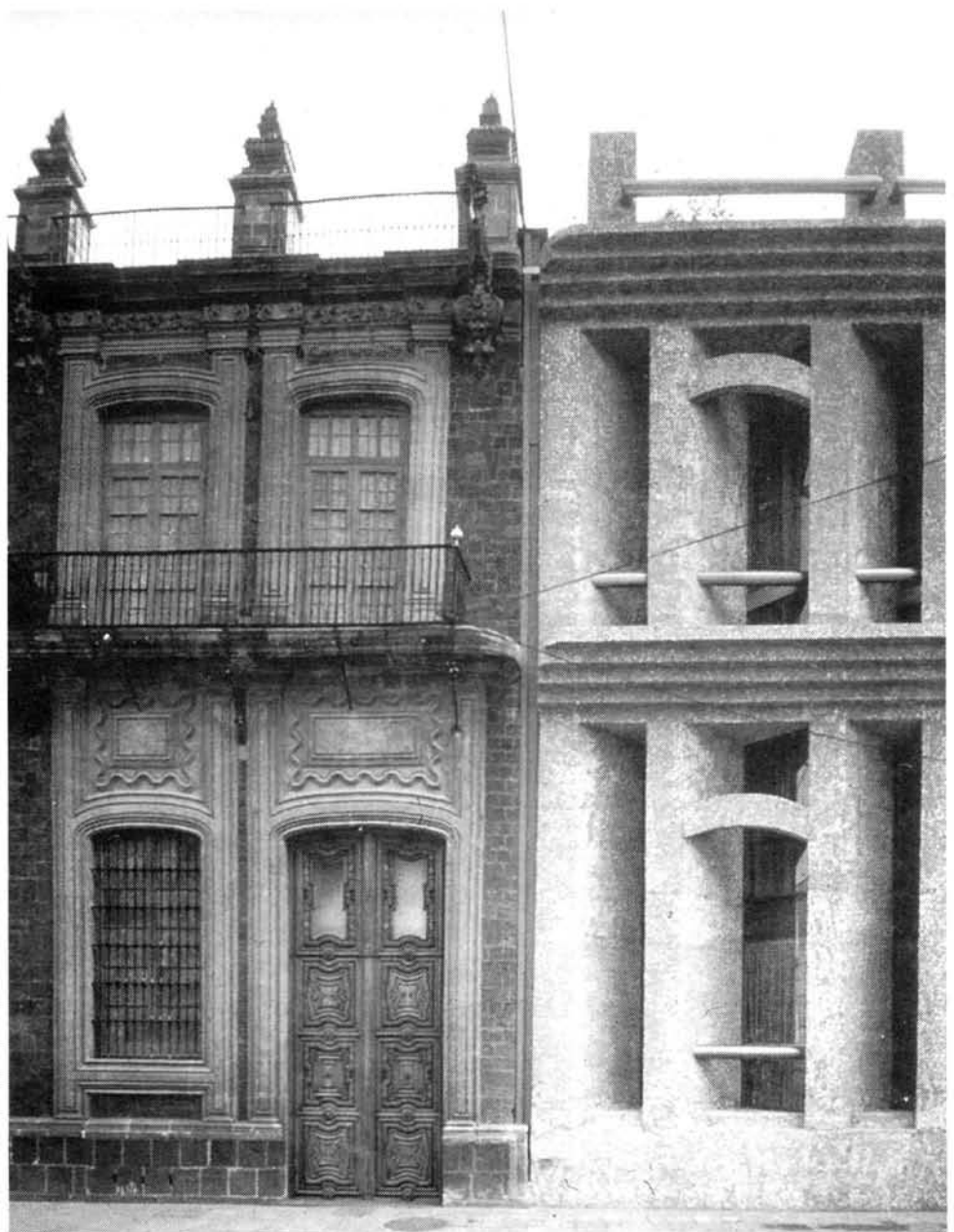
Las últimas décadas renuevan la búsqueda de un estilo, de una expresión. Sobre la general mediocridad, algunos arquitectos proponen soluciones. Uno de ellos es Teodoro González de León con una arquitectura aséptica y elegante, británica, carísima, muy al gusto de las financieras y de los nuevos y catastróficos tecnócratas que nos gobiernan. Agustín Hernández sigue una tradición que podríamos llamar expresionista, mientras que Ricardo Legorreta parte de Barragán hacia proyectos de escala faraónica. Su mejor momento quizás es el de un hotel en Ixtapa-Zihuatanejo que es como una pirámide de color que descansa sobre una colina, metidos los pies en el mar. Otros arquitectos, como Andrés Casillas, buscan rescatar la esencia de Luis Barragán, en una válida elegancia mexicana (y mediterránea, finalmente) con su amor por una difícil fórmula que conjuga sencillez y sensualismo.

Pero no quisiera terminar con una nota de pesimismo. Recientemente me topé con uno de esos libros que tampoco podré comprar y cuyo fotógrafo es, refrescantemente, Nacho Urquiza, que ha alcanzado fama internacional con su fotografía de la cocina mexicana. Este libro explora un aspecto que había olvidado de la arquitectura de México, quizá porque se esconde entre la vegetación tropical y se trepa sobre los farallones que dominan la infinitud del Pacífico. Casas abiertas al mar, al sol, a la invasión de un jardín del paraíso. Techadas con palapa, decoradas con murales ingenuos o ingeniosas incrustaciones, con esculturas hechas por los mismos árboles tropicales en contorsiones fantásticas. Y lo que todo esto me dice y me da alguna esperanza es que esa arquitectura nueva es la práctica de un gusto sensual, de un amor por el placer y la vida, de un regreso a nuestra naturaleza. Justo como los platillos de nuestra cocina, tan lúbrica y maternal. Y frente a la invasión cultural yanqui, las nostalgias de España y París (y la alucinante Roma barroca), el recuerdo inconsciente de las pirámides y las ciudades muertas y sagradas de la infancia indígena. México sigue buscando la flor y la fruta de la existencia, el color y el amor por el arte, por la dulce ebriedad de las formas.

Guillermo García Oropeza



El templo mayor



Ampliación del Banco
Nacional de México.
Arqs.: Teodoro González
de León y Abraham
Zabludovsky.
Foto: Pedro Hiriart.